

Trabajo leído en el Homenaje a la Profesora Amelia Podetti realizado en el Centro Cultural “Paco Urondo” de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA el 24-04-2012. De próxima publicación.

**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN**

***Amelia Podetti entre la Historia de la Filosofía y la
creación de una Filosofía Americana***

Alcira B. Bonilla (UBA – CONICET)

Buenas noches. Ante todo, quiero saludar y agradecer a las y los familiares de Amelia y a la Dirección de este Centro “Paco Urondo” por haber pensado que con algunas palabras yo podía contribuir a este homenaje que hoy tributamos a la compañera, docente y filósofa Amelia Podetti. Esta elección me embarga de emoción y de orgullo. Seguramente poco añadiré a los discursos y escritos de otros colegas que fueron sus discípulos. Pero creo que, al menos, puedo brindar el testimonio de la proyección de su pensamiento en la vida y la obra de quienes se nos dio como don el encuentro con ella. Gracias, de nuevo, por permitirme estar con Uds. También saludo a las autoridades de la Facultad que están en este acto, así como a colegas, estudiantes y demás personas presentes.

Mi contribución se va a centrar en el carácter auroral de la filosofía de Amelia Podetti. A mi entender, la palabra de Amelia en su totalidad, tanto la docente como la escrita, puede ser denominada “palabra de la aurora”, si se me permite emplear esta expresión espigada en la obra de otra gran filósofa, la española María Zambrano¹. Y es desde este rasgo auroral, originario y originante, como puede leerse el legado édito e inédito que nos dejó Amelia, incluidos sus textos sobre la historia de la filosofía y sus traducciones. Investigar este legado ha de permitirnos buscar mejores y más amplios caminos para filosofar de modo responsable y situado en nuestro suelo americano y en nuestro tiempo, sin renegar, empero, de las aspiraciones de universalidad y rigor.

Permítanme un pequeño paréntesis biográfico. No fui alumna de Amelia porque realizaba mis estudios de Filosofía en la Universidad del Salvador (en UBA cursé la carrera de Letras), ni tampoco colaboré con ella en investigaciones compartidas. Creo que la conocí en la segunda mitad de los años '60. Hace poco escribía que no recuerdo ni el

momento ni la ocasión; sólo, el deslumbramiento. Me impactaron sobre todo la seriedad, la fuerza y la convicción de su palabra erudita, se refiriera a temas filosóficos -algunos de ellos bastante “para-académicos”-, o histórico-políticos, presentándonos una América ya antigua y cargada con una historia de vejaciones con los ojos nuevos de su pensamiento nacional y popular esclarecido que nos mostraba cómo se podía minar el colonialismo acendrado de nuestras aulas y de nuestra cultura, e infundir la esperanza (“aurora”) de otra existencia mejor. Entonces comencé a frecuentarla y a leerla. El descubrimiento paulatino de las sintonías intelectuales y políticas, pero también de su actitud de vida y de cierta sensibilidad compartida, fue acendrando los diálogos. Su generosidad, reforzada por el trato respetuoso que guardaba siempre, se prodigaba en cursos, encuentros, conferencias, conversaciones ocasionales, préstamos de escritos aun no publicados, difusión de traducciones que, por inéditas, corrieron riesgo de plagio. Algo más tarde, vino su trabajo señero en las “cátedras nacionales” y la dirección de *Hechos e Ideas* en su tercera época.

Enmarco mi exposición con tres citas, que leeré a continuación. La primera, pertenece a Dña. María Eva Duarte de Perón: “La filosofía desempeña una función esencial en esta tarea de reconstruir la unidad del saber y de orientar el saber hacia la vida, por sus características de pensamiento totalizador y universalizador.”ⁱⁱ

El segundo fragmento está tomado de *La Comunidad Organizada*, texto de enorme influencia en el pensamiento y la acción de Amelia Podetti:

“Es posible que la acción del pensamiento haya perdido en los últimos tiempos contacto con las realidades de la vida de los pueblos. También es posible que el cultivo de las grandes verdades, la persecución infatigable de las razones últimas hayan convertido a una ciencia abstracta y docente por su naturaleza en un virtuosismo técnico, con el consiguiente distanciamiento de las perspectivas en que el hombre debe desenvolverse”ⁱⁱⁱ.

Por último, una cita de la propia Podetti cierra este marco:

“¿Cuál es nuestra ubicación y nuestro destino en este mundo, como argentinos y latinoamericanos? Porque el punto de partida necesario para el desarrollo de un nuevo pensamiento, tanto en el ámbito científico como en el filosófico, es precisamente tratar de comprender cuáles son las alternativas que están hoy en juego en la situación mundial y cuáles sus cursos posibles”^{iv}

La lectura de las citas pone de manifiesto tres ideas principales: 1) la idea de que la filosofía es un saber con aspiración de totalidad y pretensión universal porque desempeña una función básica en la tarea de reconstruir la unidad del saber y de orientar éste hacia la vida (una discusión ulterior será cómo realiza estas tareas y con qué utillaje conceptual y teórico); 2) la idea de que la filosofía se ha desvinculado de la realidad de los pueblos, la raíz misma de la filosofía, y se ha convertido en una mera técnica de manipulación de abstracciones; junto con esto, la idea de que la filosofía es docencia y, entonces, permítanme recordar la labor señera de Amelia Podetti en las Cátedras Nacionales; 3) la concepción responsable y situada témporo-espacialmente de la filosofía.

Tomando en cuenta este marco voy a indicar algunos “hilos conductores” (*Leitfaden*) del trabajo y las ideas filosóficas de Amelia Podetti, empleando esta expresión característica de Husserl, que sin duda habría sido del agrado de nuestra filósofa. En particular, intentaré poner de manifiesto cómo su palabra auroral se presenta bajo la forma de una relación estrecha entre una creatividad filosófica situada y el estudio de la historia de la filosofía que presidió, a mi entender, el filosofar de nuestra homenajead.

Si bien no lo voy a tratar hoy, subrayo igualmente el papel importante que tuvo en su empeño filosófico el diálogo crítico con las ciencias humanas y sociales, especialmente con la historia, la antropología y la teoría de la dependencia. Este último aspecto resulta de fundamental interés para nuestro tiempo. Amelia Podetti consideraba las ciencias sociales como una formación ideológica del capitalismo, el cual mediante el establecimiento de las mismas buscaba someter a la filosofía a una operación de desgaste para liberarse de su función crítica y teórica. Para darle razón a nuestra filósofa es suficiente pensar en los orígenes y desarrollos de la Antropología al servicio de las empresas coloniales o del Imperialismo, ya en épocas recientes. Por eso Amelia emprendió la crítica del cientificismo, que predominaba en el estadio más avanzado de nuestras ciencias sociales, seguida por la defensa rigurosa del valor de la filosofía. Tal crítica, desplegada en clases y artículos, a mi entender alcanza momentos brillantes en sus estudios sobre Claude Levi-Strauss^v y en sus observaciones sobre la teoría de la dependencia así como las dirigidas a las obras de Darcy Ribeiro de esos años^{vi}. Según A. Podetti, tanto la importación acrítica de categorías de análisis como la fascinación de estos autores por el progreso tecnológico y económico de los países centrales, les impedía comprender la riqueza de los pueblos latinoamericanos

cuyos movimientos de liberación y líderes son portavoces de un nuevo proyecto de vida más humana. Estas páginas no han perdido actualidad y nos resultan sumamente instructivas para estudiar los matices que diferencian los debates que se dieron en la Argentina de los que se dieron y se dan hoy en Brasil en torno a la especificidad de la filosofía y sus vínculos posibles con las áreas y especializaciones mencionadas, incluyendo en tales debates las luchas por la organización de las carreras universitarias, sus contenidos y metodologías. Un ejemplo de ello es que en la UNILA (Universidade de Integração Latino Americana), de creación reciente, no se ha pensado la institucionalización de una carrera o departamento de Filosofía, justamente porque sus autoridades conciben que la función crítica ha de estar en manos de los científicos sociales. En síntesis, el imperativo de la filosofía no es otro, como decía Evita, citada por Amelia Podetti, que “mejorar la vida del hombre sobre la tierra”. Entonces es preciso rescatarla del cono de sombra que proyectan sobre ella las ciencias sociales. La filosofía resulta precisamente más apta para un ejercicio de la crítica de la “cosmovisión imperial” y colonial que nos oprime y envilece y precisamente de ella dependen tales ciencias sociales latinoamericanas, en mayor medida que hoy, en los años activos de Amelia, y el desarrollo de las ciencias en general.

Retomando lo central de mi contribución, me parece adecuado tratar en primer término la cuestión en apariencia más fácil de la historia y las traducciones filosóficas como contribución a una noción dialógica de la filosofía en tanto pensar de o a partir de una tradición. Retomo algunos datos básicos conocidos por todos. Amelia Podetti fue docente durante varios años de diversas materias de la carrera de Filosofía en tres universidades, conocía ampliamente la historia de la Filosofía y se concentró principalmente, aunque no de manera exclusiva, en el estudio de dos autores: Edmund Husserl, en primer término, y luego intensificó su dedicación a W.G.F Hegel, ya iniciada con Otto Langfelder en 1959. En esta elección resultaron decisivas la figura de su maestro Carlos Astrada, así como la de su discípulo Andrés Mercado Vera, de quien fue colaboradora asidua en los seminarios y cátedras a partir de 1964, año de su regreso de París. Además del magisterio hablado de sus clases y conferencias, hizo importantes trabajos sobre ellos, como *Husserl: esencias, historia, etnología*, Buenos Aires, Editorial Estudios 1969, y el *Comentario a la Introducción de la Fenomenología del Espíritu*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1978. Este último ahora está disponible a un público mayor en una edición

ampliada y de excelente factura por la editorial Biblos de Buenos Aires. Esta edición incluye dos textos introductorios de Ramiro Podetti y de Ana María Aimetta de Colotti, la desgrabación de una clase de 1978, “La *Fenomenología del Espíritu* y la Historia de Occidente”, el comentario propiamente dicho y la publicación bilingüe del texto hegeliano. La traducción mencionada revela a Amelia Podetti como buena conocedora del alemán filosófico. También hay que recordar que circuló entre nosotros una traducción hecha por ella del *Haupttext* del Vol. I de la *Crisis de las Ciencias Europeas y la Fenomenología Transcendental* y, bajo el formato de fichas o de publicaciones menores, textos valiosísimos como el famoso *Die Ursprung der Geometrie* en 1966, así como otros del propio Husserl y de algunos otros autores alemanes. Si Amelia Podetti nos hubiera dejado como legado sólo estos trabajos, ya con ello merecería un lugar destacado dentro de la historia de nuestra filosofía.

A propósito de estos estudios y traducciones, permítanme introducir ahora una reflexión sobre la idea de “tradición” y diálogo filosófico con la tradición, expresiones casi equivalentes, y una reflexión sobre la traducción. Creo que ambas nos ponen en el camino obligado para trascender la enseñanza de una Historia de la Filosofía museal y mimética, la que se practica habitualmente, así como para superar una idea reverencial de la traducción, que a veces se ha convertido en fidelidad a la letra (muerta). Respecto de la idea de tradición, me parece atinado señalar que Amelia Podetti, en la huella de Hegel, pero mucho más en la de Husserl, leyó e investigó a los autores y sus textos, así como gran parte de la denominada bibliografía secundaria (creo que fue una estudiosa erudita), por una parte compelida por las obligaciones estudiantiles y docentes que se le fueron sucediendo, pero, y sobre todo, porque estaba animada de la necesidad de un pensar histórico, como dice Armando Poratti^{vii}, que se constituye como una tradición viva y disponible, no solidificada en capas geológicas de sentido, en la que la filósofa se vio a sí misma como protagonista. Husserl ha dado nombre feliz a este tipo de filósofo, a la vez discípulo y creador: *Nachdenker* (arriesgo la traducción de “pensador que prosigue”). Amelia Podetti sería una especie de *Nachdenkerinne* de aquella tradición que ella construye trabajosamente a partir de múltiples raíces, incluso no filosóficas. No resulta casual, entonces, que haya producido la primera traducción al español de *Die Ursprung der Geometrie* (“El origen de la geometría”), el texto donde Husserl plantea la cuestión del lenguaje de la filosofía, la

aparición histórica de los objetos ideales y la constitución de una tradición filosófica dialogal. El modo cómo Amelia Podetti encaró el estudio de estos autores, buceando en ellos una parte de los orígenes de nuestra filosofía a la vez que las razones para su superación, manifiesta justamente esta vocación de *Nach-Denker* y la necesidad de revisar a fondo los textos señeros. Queda fuera de este homenaje, pero doy la idea para algún futuro trabajo, el reconstruir el canon filosófico, vale decir, la selección de autores y obras que componen una historia de la filosofía, subyacente al cúmulo de clases y aportes. Amelia Podetti dejó un proyecto, al menos, de esta Historia y vale la pena ponernos a pensar en ello.

Retomo ahora la cuestión de la traducción. No voy a abundar en detalles, porque eso lo hizo de manera magnífica Ramiro Podetti en el estudio antes mencionado. Como él señala, nuestra homenajeadada se inscribe también en una serie de profesores e intelectuales latinoamericanos y españoles (hoy deberíamos agregar a un nutrido número de colegas brasileros y brasileras) que valoraron la traducción al español como medio para transmitir una tradición de pensamiento y de escritura. A simple vista el estilo de traducción de Amelia Podetti se muestra prolijo, atenido al texto fuente, en un castellano terso y adecuado que deja lugar a la lengua de la fuente (en el caso de los alemanes, un idioma predominantemente nominal) y, sin embargo, no hace violencia al idioma de llegada -más verbal-, y lo utiliza como lengua filosófica de fuste. No es mi propósito detenerme en los méritos de estas traducciones, sino mostrar cómo en su actividad traductora Amelia Podetti hizo lugar a una actividad ya tradicional en nuestro medio, ligada a la trasmisión más antigua de la filosofía occidental y, a la vez, inherente a la formación misma de América y, por consiguiente, formadora también de un pensamiento con vocación universalista y dialógica. Para explicarme brevemente quiero recordar que un concepto básico de la teoría de la traducción es el de fidelidad, pero fidelidad no entendida como mera trasposición literal. Amelia Podetti ha practicado en sus traducciones el sentido más creativo y dialógico de la traducción, tal como lo ha señalado U. Eco de modo magistral:

“La fidelidad es, más bien, la tendencia a creer que la traducción es siempre posible si el texto fuente ha sido interpretado con apasionada complicitad, es el compromiso a identificar lo que para nosotros es el sentido profundo del texto, y la capacidad de negociar en todo momento la solución que nos parece más justa. Si consultan cualquier diccionario,

verán que entre los sinónimos de *fidelidad* no está la palabra *exactitud*. Están, más bien, *lealtad, honradez, respeto, piedad.*”^{viii}

Esta somera revisión de la actividad de Amelia Podetti como estudiosa de la historia de la Filosofía y como traductora anuncia la cuestión más relevante que se plantea a partir del marco de reflexión creado por las tres citas que leí hace un momento: la cuestión de la creación de una filosofía americana como “negación de la negación” o *Aufhebung*.

En numerosas intervenciones, tanto académicas como no académicas, Amelia Podetti insistió siempre en un tópico básico sin el cual la filosofía, las humanidades y las ciencias sociales son impensables en el sentido más negativo de la palabra (son verdaderos disparates): el descubrimiento del “Nuevo Mundo” fue, en realidad, el descubrimiento del mundo en su totalidad y a partir de este hecho la historia se fue haciendo efectivamente universal. Este tópico, conocido y admitido por parte de los historiadores, se divulgó entre los filósofos más recientemente, sobre todo a partir de 1992, principalmente a través de la obra de nuestro compatriota Enrique Dussel, residente en México^{ix}. Todavía ahora muchos de los filósofos y de los científicos sociales y humanistas vernáculos se resisten tenazmente a aceptar esta visión de los hechos y, con ello, obturan una comprensión amplia de los últimos 500 años, así como proporcionan una visión mostrenca de la Modernidad y sus alcances. La conciencia de una universalidad realizada, señalaba Amelia Podetti, se da a través de varios índices: la expansión del castellano, la concepción del Imperio, la catolicidad de la evangelización, la transformación del derecho, la mundialización de la economía, etc. Dejando de lado la discusión sobre la oclusión del otro y la ilegitimidad del despojo, la humanidad se ve por primera vez como totalidad y ante la necesidad de producir una transformación categorial revolucionaria para pensar el mundo, si bien rápidamente se ponen en práctica diversas estrategias para impedir que esto suceda efectivamente.

Siempre me ha llamado la atención el hecho de que en el comienzo de la modernidad nacen de dos géneros específicos en la literatura filosófica: la utopía y el ensayo. Ambos, además, se han convertido quizá en los géneros más cultivados por los pensadores latinoamericanos, lo cual les ha valido, en numerosos casos, su exclusión lisa y llana de la Academia o su peregrinaje por los arrabales de la misma. Sobre esto habría muchísimo para debatir, pero nos aleja del tema. Voy a concentrarme en la *Utopía* de 1516 o *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo reip[ublicae] statu*,

de[ue] nova insula Vtopia, de Thomas More^x. Escrito en latín, es un breve texto filosófico *sui generis*, más cercano al *divertimento* propio de un espíritu escogido que a las obras académicas del pasado: Respecto del “*Libellus Utopia*” autores contemporáneos señalan dos aspectos de enorme interés: a) por un lado la influencia real que sobre el pensamiento europeo tuvo el proceso que se desencadena a partir del Descubrimiento de América y por otro el valor de la obra como agenda del mundo moderno^{xi}.

Es sabido que la palabra “u-topía”, neologismo creado por el sabio humanista, proviene de un adverbio griego de negación *ou* y del sustantivo *tópos*, lugar. Con este nombre More bautizó la isla que obra como escenario para el experimento político-mental que constituye la parte “positiva” o propositiva del libro. Frente a la realidad europea, injusta y corrupta, la isla Utopía (diseñada desde Europa) exhibe una función movilizadora, tanto alternativa como regulativa. No basta con decir que la localización ideal de la isla parecería estar en alguna parte del Nuevo Mundo, como se insinúa en el *libellus*, sino recordar que este experimento meramente mental se sitúa al comienzo de una larga serie de textos similares pero también de experimentos reales que se dieron en suelo americano, las Reducciones jesuíticas, por ejemplo. En síntesis, sin ubicación precisa en la representación del globo terráqueo que se fue construyendo trabajosamente en la época, el “no-lugar” se manifestó como espacio americano, como *tópos* vacío donde los sueños del viejo continente, fueran los de justicia, los de la Evangelización o los del oro, pudieran “tener lugar”.

No voy a traicionar el fondo de las ideas de Amelia con la inflexión que doy ahora a mi pensamiento. A mi entender, la *Utopía* puede ser leída como la consagración filosófica del “no lugar” de América, ya no en el espacio geográfico sino en el humano. Ni sus pobladores originarios ni las instituciones, lenguas y culturas que les eran propias pasaron a integrar de modo efectivo el acervo europeo. En el mejor de los casos y en la medida de lo posible, cuando no se los aniquiló, a los habitantes de las tierras americanas se les impusieron instituciones políticas, formas societales “civilizadas”, lenguas y religión. Se implantó así por todas partes la “condición colonial”. Los habitantes de América Latina, incluidos los descendientes de los europeos, se quedaron sin lugar y sin tiempo, espectrales habitantes de Utopía, vale decir de sueños ajenos posibles de imponer a quienes se consideró y considera todavía especularmente lo “otro” de Europa. Con la creación de los

estados nacionales modernos la situación no mejoró en lo esencial. En vastas zonas la población originaria permaneció y permanece en estado de inferiorización, abandono y sumisión. En otras, los genocidios y matanzas fueron encubiertos mediante el mito del desierto a conquistar para la creación en él de un espacio utópico que hiciera posible el experimento de la organización nacional llevado a cabo según los cánones de la segunda modernización europea. Este último se articuló igualmente sobre otro mito fundacional: “el crisol de razas” (crisol del que están ausentes tanto los pueblos originarios como los negros y sus descendientes, incluidos mestizos y mulatos, y hoy los migrantes de los países limítrofes; la “barbarie”, en suma)^{xii}.

A partir de lo señalado anteriormente puede reflexionarse sobre la necesaria condición colonial de la filosofía, de la lengua y los géneros en los que se la piensa y escribe y de las prácticas académicas, sobre todo desde la perspectiva situada de quienes filosofan en este lugar de América. Tanto en sus realizaciones académicas como en una parte importante de la ensayística prolífica de estas centurias –alejada de las aulas y de los centros de investigación- la filosofía de estas regiones de América reflejó y sigue reflejando esta espectral “condición colonial”. Siendo los “otros” de Europa e intentando imitarla especularmente en el lenguaje, los temas y las corrientes filosóficas, los pensadores y filósofos en lugar de actuar como “Calibanes”, devorando críticamente con insolencia de “mal salvaje” el enorme legado occidental, han desdeñado casi siempre el pensar contextual, situado. Aquí ha jugado también un papel decisivo el prestigio del mito del universalismo. ¡Cómo si la pretensión de universalidad -absolutamente legítima y patrimonio del pensamiento humano- no se hubiera generado a partir de experiencias y contextos delimitados y precisos en los cuales se plantean los conflictos y las preguntas!

De Amelia Podetti aprendí la segunda negación, o “negación de la negación”: un estilo de “canibalismo” filosófico creador sin estridencias. Me enseñó consecuente y coherentemente a “fagocitar” con el estudio serio lo mejor del pensamiento europeo y occidental. Pero si alentar un proyecto liberador de alcance universal es competencia definitoria de la filosofía desde sus orígenes remotos, una filosofía americana o “nuestroamericana” que surja de la escucha de las voces olvidadas y silenciadas, así como de las nuevas voces de los pueblos del subcontinente, es la única que puede convertirse en portavoz de una alternativa de universalización liberadora. Era y es el modo más adecuado

de sumarnos a los esfuerzos liberadores que alentaron constantemente en estas tierras, en especial bajo las múltiples formas de la resistencia popular, para prohiar una nueva y crecida universalidad. Tal era la fuerza de las palabras de Amelia Podetti que también hoy, a pesar de los años transcurridos y de otras lecturas, estudios y conversaciones, me sorprende muchas veces repitiendo frases de Amelia en el aula y en escritos.

Cierro mi homenaje señalando el enorme valor que tuvo Amelia Podetti para la formación de mi subjetividad filosófico-política y la de tantas y tantos compañeras y compañeros y la evoco como arquetipo de filósofa y docente con toda la fuerza del recuerdo agradecido y del respeto intelectual. Al procurarnos un horizonte de posibilidad real y esperanzada para filosofar con las raíces plantadas a la vez en una tradición filosófica con la cual dialogar creativa y críticamente, y en el pensar nacional y popular, ella fue nuestra maestra de filosofía militante. Amelia comprendió a fondo la responsabilidad mayor de las filósofas y filósofos de nuestro tiempo y lugar. Ahora quizá sea el momento para anunciar una nueva aurora proyectando hacia el presente y el futuro este *desiderátum* radical y necesario de su acción dialógica sin desmayos. De este modo la figura de Amelia ha de rebasar los espacios de las aulas universitarias porteñas y platenses deviniendo la maestra de filosofía ejemplar para ésta, Nuestra América.

ⁱ Zambrano, María, *De la aurora*, Madrid, Turner, 1986.

ⁱⁱ Cita de Eva Perón que A. Podetti incluye en la p. 75 de "Ciencia social y filosofía", *Hechos e Ideas*, año 1, N° 3, tercera época.

ⁱⁱⁱ Perón, Juan D., *La Comunidad Organizada*, Buenos Aires, Editorial de la Reconstrucción, 1975, p. 393.

^{iv} Podetti, A., "La Fenomenología del Espíritu y la historia de Occidente", en *Comentario a la Introducción a la Fenomenología del Espíritu*, Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 47.

^v Podetti, A., *El pensamiento de Lévi-Strauss. Una visión crítica*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, 1998.

^{vi} Ver sobre todo los artículos publicados en *Hechos e Ideas*.

^{vii} Cf., Poratti, A., "Amelia Podetti y la necesidad del pensar histórico", en Podetti, A., *La irrupción de América en la historia*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Culturales, 1981, pp. 3-5.

^{viii} Eco, U., *Decir casi lo mismo*. Barcelona, Lumen, 2008, p. 672.

^{ix} Cf., Dussel, E. *1492: El encubrimiento del otro. Hacia el origen del ' mito de la modernidad'*, La Paz, Plural Editores, 1994.

^x La edición definitiva de la *Utopía* se publicó en Basilea en 1518. De las varias ediciones y traducciones disponibles, la más completa, con aparato crítico y erudito actualizado, es la de E. Sturtz, S. J., y J. H. Hexter, con Introducción y traducción al inglés, en el vol. IV de *The Complete Works*, publicadas bajo la responsabilidad del *St. Thomas More Program (Utopia)*, New Haven, Yale Univ. Press, 1965). Las citas están tomadas de la traducción de E. García Estébanez, (Moro, 1996).

^{xi} Kumar, K. *Utopianism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1991, pp. 48-53.

^{xii} Con agudeza G. Scheines investigó este tema del espacio americano como "espacio utópico", vació en

primera instancia y, por consiguiente, disponible para ese tipo de experimentos (Cf., Scheines,G., *Sudamérica ¿geografía del desencuentro?*, La Habana, Casa de las Américas, 1991, pp. 31-43).